

El socialismo y las iglesias

I

Desde el momento en que los obreros de nuestro país y de Rusia comenzaron a luchar valientemente contra el gobierno zarista y los explotadores, observamos que los curas en sus sermones se pronuncian con frecuencia cada vez mayor contra los obreros en lucha. El clero lucha con extraordinario vigor contra los socialistas y trata por todos los medios de desacreditarlos a los ojos de los trabajadores. Los creyentes que concurren a la iglesia los domingos y festividades se ven obligados a escuchar un violento discurso político, una verdadera denuncia del socialismo, en lugar de escuchar un sermón y encontrar consuelo religioso. En vez de reconfortar al pueblo, lleno de problemas y cansado de su vida tan dura, que va a la iglesia con su fe en el cristianismo, los sacerdotes echan denuestos contra los obreros que están en huelga y se oponen al gobierno; además, los exhortan a soportar su pobreza y opresión con humildad y paciencia. Convierten a la iglesia y al púlpito en una tribuna de propaganda política.

Los obreros pueden comprobar fácilmente que el encono del clero hacia los socialdemócratas no es en modo alguno provocación de estos últimos. Los socialdemócratas se han impuesto

la tarea de agrupar y organizar a los obreros en la lucha contra el capital, es decir, contra los explotadores que les exprimen hasta la última gota de sangre, y en la lucha contra el gobierno zarista, que mantiene prisionero al pueblo. Pero los socialdemócratas jamás azuzan a los obreros contra el clero, ni se inmiscuyen en sus creencias religiosas; ¡de ninguna manera! Los socialdemócratas del mundo y de nuestro país consideran que la conciencia y las opiniones personales son sagradas. Cada hombre puede sustentar la fe y las ideas que él cree son fuente de felicidad. Nadie tiene derecho a perseguir o atacar a los demás por sus opiniones religiosas. Eso piensan los socialistas. Y por esta razón, entre otras, los socialistas llaman al pueblo a luchar contra el régimen zarista, que viola continuamente la conciencia de los hombres al perseguir a católicos, católicos rusos, judíos, herejes y librepensadores. Son precisamente los socialdemócratas quienes más abogan por la libertad de conciencia. Parecería por tanto que el clero debería prestar ayuda a los socialdemócratas, que tratan de esclarecer al pueblo trabajador. Cuanto más comprendemos las enseñanzas que los socialistas le brindan a la clase obrera, menos comprendemos el odio del clero hacia los socialistas.

Los socialdemócratas se proponen poner fin a la explotación de los trabajadores por los ricos. Cualquiera pensaría que los servidores de la Iglesia serían los primeros en facilitarles la tarea a los socialdemócratas. ¿Acaso Jesucristo (cuyos siervos son los sacerdotes) no enseñó que “es más fácil que un camello, pase por el ojo de una aguja que los ricos entren en el reino de los cielos”? Los socialdemócratas tratan de imponer en todos los países un régimen social basado en la igualdad, libertad y fraternidad de todos los ciudadanos. Si el clero realmente desea poner en práctica el precepto “ama a tu prójimo como a ti mismo”, ¿por qué no acoge con agrado la propaganda socialdemó-

crata? Con su lucha desesperada, con la educación y organización del pueblo, los socialdemócratas tratan de sacarlos de su opresión y ofrecer a sus hijos un futuro mejor. A esta altura todos tendrían que admitir que los curas deberían bendecir a los socialdemócratas. ¿Acaso Jesucristo, a quien ellos sirven, no dijo “lo que hacéis por los pobres lo hacéis por mí”?

En cambio vemos al clero por un lado excomulgar y perseguir a los socialdemócratas, y por el otro, ordenar a los obreros que sufran pacientemente, es decir, que permitan pacientemente que los capitalistas los exploten. El clero brama contra los socialdemócratas, exhorta a los obreros a no “alzarse” contra los amos, a someterse obedientemente a la opresión de este gobierno que mata a gentes indefensas, envía a millones de obreros a la monstruosa carnicería de la guerra, persigue a católicos, católicos rusos y “viejos creyentes”. Así el clero, al convertirse en vocero de los ricos, en defensor de la explotación y la opresión, se coloca en contradicción flagrante con la doctrina cristiana. Los obispos y curas no propagan la enseñanza cristiana: adoran el becerro de oro y el látigo que azota a los pobres e indefensos.

Además, todos saben cómo los curas se aprovechan de los obreros; les sacan dinero en ocasión del casamiento, bautismo o entierro. ¿Cuántas veces sucede que un cura, llamado al lecho de un enfermo para administrarle los últimos sacramentos, se niega a concurrir hasta tanto se le pague su “honorario”? El obrero, presa de la desesperación, sale a vender o empeñar todo lo que posee con tal de que no les falte consuelo religioso a sus seres queridos.

Es cierto que hay eclesiásticos de otra talla. Hay algunos llenos de bondad y compasión, que no buscan el lucro; éstos están siempre dispuestos a ayudar a los pobres. Pero debemos reco-

nocer que son muy pocos, que son las moscas blancas. La mayoría de los curas, con sus caras sonrientes, se arrastran ante los ricos, perdonándoles con su silencio toda depravación, toda iniquidad. Otro es su comportamiento con los obreros; en sus severos sermones fustigan la “codicia” de los obreros, cuando éstos simplemente se defienden de los abusos del capitalismo. La flagrante contradicción que existe entre las acciones del clero y las enseñanzas del cristianismo debe ser materia de reflexión para todos. Los obreros se preguntan por qué, en su lucha por la emancipación, encuentran en los siervos de la Iglesia enemigos y no aliados. ¿Cómo es que la Iglesia defiende la riqueza y la explotación sangrienta en vez de ser un refugio para los explotados? Para comprender este fenómeno extraño basta echar un vistazo a la historia de la Iglesia y examinar su evolución a través de los siglos.

II

Los socialdemócratas quieren el “comunismo”; eso, es principalmente lo que el clero les reprocha. En primer lugar es evidente que los curas que hoy combaten al “comunismo” en realidad combaten a los primeros apóstoles. Porque éstos fueron comunistas ardientes.

Todos saben que la religión cristiana apareció en la antigua Roma, en la época de la decadencia del Imperio, que antes había sido rico y poderoso y comprendía lo que hoy es Italia y España, parte de Francia, parte de Turquía, Palestina y otros territorios. La situación de Roma en la época del nacimiento de Cristo era muy parecida a la que impera actualmente en la Rusia zarista. Por una parte, un puñado de ricos viviendo en la holgazanería y gozando de toda clase de lujos y placeres; por

otra, una inmensa masa popular que se pudría en la pobreza; por encima de todos, un gobierno despótico, basado en la violencia y la corrupción, ejercía una opresión implacable. Todo el Imperio Romano estaba sumido en el desorden más completo, rodeado de enemigos amenazantes; la soldadesca desatada descargaba su crueldad sobre la población indefensa; el campo estaba desierto; las ciudades, sobre todo Roma, la capital, estaban plagadas de pobres que elevaban sus ojos, llenos de odio, a los palacios de los ricos; el pueblo carecía de pan y techo, ropas, esperanzas y la posibilidad de salir de la pobreza.

Hay una sola diferencia entre la Roma decadente y el imperio del zar; Roma no conocía el capitalismo; la industria pesada no existía. En esa época el orden imperante era la esclavitud. Los nobles, los ricos, los financieros satisfacían sus necesidades poniendo a trabajar a los esclavos que las guerras les dejaban. Con el pasar del tiempo estos ricos se adueñaron de casi todas las provincias italianas quitándoles la tierra a los campesinos romanos. Al apropiarse de los cereales de las provincias conquistadas como tributo sin costo, invertían esas ganancias en sus propiedades, plantaciones magníficas, viñedos, prados, quintas y ricos jardines, cultivados por ejércitos de esclavos que trabajaban bajo el látigo del capataz. Los campesinos privados de su tierra y de pan fluían a la capital desde todas las provincias. Pero allí no se encontraban en mejor situación para ganarse la vida, puesto que todo el trabajo lo hacían los esclavos. Así se formó en Roma un numeroso ejército de desposeídos —el proletariado— carente inclusive de la posibilidad de vender su fuerza de trabajo. La industria no podía absorber a esos proletarios provenientes del campo, como ocurre hoy; se convirtieron en víctimas de la pobreza sin remedio, en mendigos. Esta gran masa popular, hambrienta y sin trabajo, que atosigaba los suburbios y los espacios abiertos y las calles de Ro-

ma, constituía un peligro permanente para el gobierno y las clases poseedoras. Por ello el gobierno se vio obligado a salvaguardar sus intereses aliviando su pobreza. De vez en cuando distribuía entre el proletariado maíz y otros comestibles almacenados en los graneros del Estado. Para hacerles olvidar sus penas les ofrecía espectáculos circenses gratuitos. A diferencia del proletariado contemporáneo, que mantiene a toda la sociedad con su trabajo, el inmenso proletariado romano vivía de la caridad.

Los infelices esclavos, tratados como bestias, hacían todo el trabajo en Roma. En este caos de pobreza y degradación, el puñado de magnates romanos pasaba los días en orgías y en medio de la lujuria. No había salida para esta monstruosa situación social. El proletariado se quejaba, y de vez en cuando amenazaba con iniciar una revuelta, pero una clase de mendigos, que vive de las migajas que caen de la mesa del señor, no puede iniciar un nuevo orden social. Los esclavos que con su trabajo mantenían a toda la sociedad estaban demasiado pisoteados, demasiado dispersos, demasiado aplastados por el yugo, tratados como bestias, y vivían demasiado aislados de las demás clases como para poder transformar la sociedad. A menudo se alzaban contra sus amos, trataban de liberarse mediante batallas sangrientas, pero el ejército romano aplastaba las revueltas, masacraba a miles de esclavos y crucificaba a otros tantos.

En esta sociedad putrefacta, donde el pueblo no tenía salida de su trágica situación, ni esperanzas de una vida mejor, los infelices volvieron su mirada al cielo para encontrar allí la salvación. La religión cristiana aparecía ante estos infelices como una tabla de salvación, un consuelo, un estímulo y se convirtió, desde sus comienzos, en la religión del proletariado romano. De acuerdo con la situación material de los integrantes de esta

clase, los primeros cristianos levantaron la consigna de la propiedad común: el comunismo. ¿Qué podía ser más natural? El pueblo carecía de los medios, de subsistencia y moría de hambre. Una religión que defendía al pueblo; que exigía que los ricos compartan con los pobres los bienes que debían pertenecer a todos; una religión que predicaba la igualdad de todos los hombres, tenía que lograr gran éxito. Sin embargo, nada tiene en común con las reivindicaciones que hoy levantan los socialdemócratas con el objetivo de convertir en propiedad común los instrumentos de trabajo, los medios de producción, para que la humanidad pueda vivir y trabajar en armonía.

Hemos visto que los proletarios romanos no vivían de su trabajo sino de las limosnas del gobierno. De modo que la consigna de propiedad colectiva que levantaban los cristianos no se refería a los bienes de producción sino a los de consumo. No exigían que la tierra, los talleres y las herramientas se convirtieran en propiedad colectiva, sino simplemente que todo se dividiera entre ellos, casa, comida, ropas y todos los productos elaborados necesarios para vivir. Los comunistas cristianos se cuidaban bien de averiguar el origen de estas riquezas. El trabajo productivo recaía siempre sobre los esclavos. Los cristianos sólo deseaban que los que poseían la riqueza abrazaran el cristianismo y convirtieran sus riquezas en propiedad común para que todos gozaran de estas cosas en igualdad y fraternidad.

Así estaban organizadas las primeras comunidades cristianas. Un contemporáneo escribió: “Esta gente no cree en la fortuna, sino que predica la propiedad colectiva y ninguno de ellos posee más que los demás. El que quiere entrar en su orden debe poner su fortuna como propiedad común. Es por ello que no existe, entre ellos pobreza ni lujos: todos poseen todo en común como hermanos. No viven en una ciudad propia, pero en cada ciudad tienen casa para ellos. Si cualquier extranjero per-

teneciente a su religión llega allí, comparten con él toda su propiedad, y él puede beneficiarse de la misma como si fuese propia. Aunque no se conocieran hasta entonces, le dan la bienvenida y son todos muy fraternales entre ellos. Cuando viajan no llevan sino un arma para protegerse de los ladrones. En cada ciudad tienen su administrador, quien distribuye ropas y alimentos entre los viajeros. No existe el comercio entre ellos. Pero si uno le ofrece a otro un objeto que éste necesita recibe algún otro objeto a cambio. Pero cada cual puede exigir lo que necesita, aun sin tener con qué retribuir”.

En los *Hechos de los apóstoles* leemos lo siguiente acerca de la primera comunidad de Jerusalén: *“Nadie consideraba que lo suyo le pertenecía; todo era poseído en común. Los que poseían tierras o casas, después de venderlas traían lo obtenido para colocarlo a los pies de los apóstoles. Y a cada uno se le daba de acuerdo a sus necesidades”*.

En 1780, el historiador alemán Vogel escribió lo mismo acerca de los primeros cristianos: “Según las reglas, todo cristiano tenía derechos sobre la propiedad de los demás cristianos de la comunidad; en caso de necesidad, podía exigir que los más ricos dividieran su fortuna y la compartieran con él según sus necesidades. Todo cristiano podía utilizar la propiedad de sus hermanos; los que poseían algo no tenían derecho a privar a sus hermanos de su utilización. Así, el cristiano que no tenía casa podía exigirle al que tuviera dos o tres que lo recibiera; el dueño se guardaba solamente su propia vivienda. Debido a la utilización común de los bienes había que darle casa al que no la tuviera”.

Se colocaba el dinero en una caja común y un miembro de la sociedad, especialmente designado para este propósito, repartía entre todos la fortuna común. Habían eliminado, por lo tanto, la

vida familiar; todas las familias cristianas de una ciudad vivían juntas, como una sola gran familia.

Para terminar, digamos que algunos curas atacan a los socialdemócratas diciendo que abogamos por la comunidad de las mujeres. Es obvio que ésta es una mentira enorme, producto de la ignorancia o del encono del clero. Los socialdemócratas lo consideran una distorsión vergonzosa y bestial del matrimonio. Y sin embargo esta práctica era común entre los primeros cristianos.

III

Así, los cristianos de los primeros siglos eran comunistas fervientes. Pero era un comunismo basado en el consumo de bienes elaborados y no en el trabajo y se demostró incapaz de reformar la sociedad, de poner fin a la desigualdad entre los hombres y de derribar las barreras que separaban a los pobres de los ricos. Porque, al igual que antes, las riquezas creadas por el trabajo volvían a un grupo restringido de poseedores, ya que los medios de producción (sobre todo la tierra) seguían siendo propiedad individual y el trabajo –para toda la sociedad– lo seguían haciendo los esclavos. El pueblo, privado de los medios de subsistencia, sólo recibía limosnas, según la buena voluntad de los ricos.

Mientras que algunos (un puñado, en relación con la masa popular) posean para su uso exclusivo las tierras cultivables, bosques y prados, animales de labranza y aperos, talleres, herramientas y materiales para la producción, y mientras los demás la inmensa mayoría, no posea los medios indispensables para la producción, ni hablarse puede de igualdad entre los hombres.

En esa situación la sociedad se encuentra dividida en dos clases, ricos y pobres, los que viven en el lujo y los que viven en la pobreza. Supongamos, por ejemplo, que los propietarios ricos, influidos por la doctrina cristiana, ofrecieran repartir entre los pobres la riqueza que poseen en dinero, granos, fruta, ropa y animales. ¿Cuál sería el resultado? La pobreza desaparecería durante varias semanas y en ese lapso la población podría alimentarse y vestirse. Pero los productos elaborados se gastan en poco tiempo. Pasado un breve lapso el pueblo habría consumido las riquezas distribuidas y quedaría nuevamente con las manos vacías. Los dueños de la tierra y de los medios de producción producirían más, gracias a la fuerza de trabajo de los esclavos, y nada cambiaría.

Bien, he aquí por qué los socialdemócratas discrepan con los comunistas cristianos. Dicen: “No queremos que los ricos compartan sus bienes con los pobres; no queremos caridad ni limosna; nada de ello puede borrar la desigualdad entre los hombres. Lo que exigimos no es que los ricos compartan con los pobres, sino la desaparición de ricos y pobres”. Ello es posible bajo la condición de que todas las fuentes de riqueza, la tierra, junto con los demás medios de producción y herramientas, pasen a ser propiedad colectiva del pueblo trabajador, que producirá según las necesidades de cada uno. Los primeros cristianos creían poder remediar la pobreza del proletariado con las riquezas dispensadas por los poseedores. ¡Eso es lo mismo que sacar agua con un colador! El comunismo cristiano era incapaz de cambiar o mejorar la situación económica, y no prosperó.

Al principio, cuando los seguidores del nuevo Salvador constituían sólo un pequeño sector en el seno de la sociedad romana, el compartir los bienes y las comidas y el vivir todos bajo un mismo techo era factible. Pero a medida que el cristianismo se

difundía por el imperio, la vida comunitaria de sus partidarios se hacía más difícil. Pronto desapareció la costumbre de la comida en común y la división de bienes tomó otro cariz. Los cristianos ya no vivían como una gran familia; cada uno se hizo cargo de sus propiedades y sólo se ofrecía a la comunidad el excedente. Los aportes de los más ricos a las arcas comunes, al perder su carácter de participación en la vida comunitaria, se convirtieron rápidamente en simple limosna, puesto que los cristianos ricos dejaron de participar de la propiedad común y pusieron al servicio de los demás sólo una parte de lo que poseían, porción que podía ser mayor o menor según la buena voluntad del donante. Así, en el corazón mismo del comunismo cristiano surgió la diferencia entre ricos y pobres, diferencia análoga a la que imperaba en el Imperio Romano, y a la que habían combatido los primeros cristianos.

Pronto los únicos participantes en las comidas comunitarias fueron los cristianos pobres y los proletarios; los ricos cedían una parte de su riqueza y se apartaron. Los pobres vivían de las migajas que les arrojaban los ricos y la sociedad volvió rápidamente a ser lo que había sido. Los cristianos no habían cambiado nada.

Los Padres de la Iglesia prosiguieron sin embargo la lucha contra esta penetración de la desigualdad social en el seno de la comunidad cristiana, fustigando a los ricos con palabras ardientes y exhortándolos a volver al comunismo de los primeros apóstoles.

San Basilio, en el siglo IV después de Cristo, predicaba así contra los ricos:

“Infelices, ¿cómo os justificaréis ante el Juez Celestial? Me preguntáis, ¿cuál es nuestra culpa, si sólo guardamos lo que nos pertenece? Yo os pregunto, ¿cómo conseguisteis lo que

llamáis vuestra propiedad? ¿cómo se enriquecen los poseedores si no es tomando posesión de las cosas que pertenecen a todos? Si cada uno tomara lo que necesitare y dejare el resto para los demás, no habría ricos ni pobres”.

Quien más predicó el retorno de los cristianos al primitivo comunismo de los apóstoles fue San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, nacido en Antioquía en el 347 y muerto en el exilio, en Armenia, en el 407. Este célebre pastor, en su Undécima Homilía sobre los *Hechos de los apóstoles*, dijo:

“Y reinaba entre ellos la caridad; entre ellos (los apóstoles) nadie era pobre. Nadie consideraba que lo suyo le pertenecía, toda la riqueza era propiedad común (...) reinaba una gran caridad entre todos ellos. Esta caridad consistía en que no había pobres entre ellos, hasta tal punto aquellos que poseían bienes se apresuraban a despojarse de los mismos. No dividían su fortuna en dos partes, entregando una y guardando para sí la otra; daban lo que tenían. De modo que no había desigualdad entre ellos; todos vivían en la abundancia. Todo se hacía con la mayor reverencia. Lo que daban no pasaba de la mano del dador a la del receptor; lo que daban lo hacían sin ostentación; ponían sus bienes a los pies de los apóstoles, que eran los administradores y los amos y utilizaban los bienes como cosa comunitaria y no privada. Con ello ponían coto a cualquier intento de caer en la vanagloria. ¡Ay! ¿Por qué se han perdido estas tradiciones? Ricos y pobres, todos nos beneficiaríamos con esta piadosa conducta y todos derivaríamos el mismo placer de conformarnos a ella. Los ricos, al despojarse de sus posesiones, no se empobrecerían, y los pobres se enriquecerían (...) Pero intentemos dar una idea exacta de lo que habría que hacer (...)

“Supongamos –y que ni ricos ni pobres se alarmen pues se trata de una mera suposición... supongamos que vendemos todo lo que nos pertenece y ponemos todo el producto de la venta en un pozo común. ¡Qué cantidad de oro tendríamos! No sé cuánto, exactamente, pero si todos sin distinción de sexo, trajeran sus tesoros, si vendieran sus campos, sus propiedades, sus casas –no hablo de esclavos porque no los había en la comunidad cristiana, y los que llegaban a ella se convertían en hombres libres– si todos hicieran eso, digo, tendríamos cientos de miles de libras de oro, millones, sumas inmensas.

“¡Pues bien! ¿Cuánta gente, creéis, vive en esta ciudad? ¿Cuántos cristianos? ¿Estáis de acuerdo en que son cien mil? El resto son judíos y gentiles. ¿Cuántos no se unirían? Contad los pobres, ¿cuántos son? A lo sumo cincuenta mil necesitados. ¿Cuánto requeriría su alimentación diaria? Calculo que el gasto no sería excesivo, si se organizara la distribución y provisión comunitaria de los alimentos.

“Acaso preguntaréis: ‘¿Qué será de nosotros cuando esta riqueza sea consumida?’ ¿Qué? ¿Acaso ello ocurriría? ¿Acaso la gracia de Dios no se multiplicaría por mil? ¿No estaríamos creando un cielo en la tierra? Si esta comunidad de bienes existía entre cinco mil fieles con tan buenos resultados como la desaparición de la pobreza, qué no lograría una multitud tan grande? Y entre los mismos paganos, ¿quién no acudiría a incrementar el tesoro común? La riqueza en manos de unas pocas personas se pierde más fácil y rápidamente; la distribución de la propiedad es la causa de la pobreza. Tomemos el ejemplo de un hogar compuesto por un hombre, su mujer y diez hijos; la mujer carda la lana, el hombre aporta su salario; ¿en qué caso gastaría más esta familia, viviendo juntos o separados? Es obvio que si vivieran separados. Diez casas, diez mesas, diez sirvientes y diez asignaciones especiales de dinero si

los hijos vivieran separados. ¿Qué hacéis los que poseéis numerosos esclavos? ¿No es cierto, acaso, que para disminuir los gastos los alimentáis a la misma mesa? La división origina pobreza; la concordia y la unidad de las voluntades originan riquezas.

“En los monasterios se vive como en los primeros tiempos de la Iglesia. ¿Quién muere allí de hambre? ¿Quién no tiene allí suficiente alimento? ¡Sin embargo los hombres de nuestro tiempo sienten mayor temor ante ese tipo de vida que ante el peligro de caer, al mar! ¿Por qué no lo hemos intentado? Lo temeríamos menos. ¿Qué cosa buena sería! Si un puñado de fieles, apenas ocho mil, osaron en un mundo donde sólo había enemigos tratar de vivir en forma comunitaria, sin ayuda exterior, ¿cuánto mejor podríamos hacerlo hoy, cuando hay cristianos en todo el mundo? ¿Quedaría un solo gentil? Creo que ninguno. Atraeríamos a todos a nuestra causa”.

San Juan Crisóstomo pronunció en vano estos ardientes sermones. Los hombres no trataron de imponer el comunismo en Constantinopla, ni en ningún otro lugar del mundo. A medida que el cristianismo se difundía, y pasaba a ser en Roma después del siglo IV la religión dominante, los fieles se alejaban cada vez más del ejemplo de los primeros apóstoles. Dentro de la propia comunidad cristiana se acrecentaba la desigualdad en la posesión de bienes.

En el siglo VI, nuevamente, Gregorio Magno dijo:

“De ninguna manera basta con no robar la propiedad ajena; erráis si guardáis la riqueza que Dios creó para todos. Quien no da a los demás lo que posee, es un asesino, un homicida; cuando guarda para sí lo que podría dar a los pobres, puede decirse que mata a quienes podrían haber vivido de esa abundancia; cuando compartimos con los que sufren, no les damos

lo que nos pertenece sino lo que les pertenece. No es un acto de compasión, sino el saldo de una deuda”.

Estos llamados no rindieron frutos. Pero la culpa de ninguna manera recae sobre los cristianos de aquellas épocas, quienes respondían mucho mejor a las palabras de los Padres de la Iglesia que los cristianos contemporáneos. No es la primera vez en la historia de la humanidad que las condiciones económicas resultan más poderosas que los más bellos discursos.

El comunismo, esta comunidad de consumidores de bienes que proclamaron los primeros cristianos, no podía existir sin el trabajo comunitario de toda la población, la propiedad común de la tierra y de los talleres. No fue posible en la época de los primeros cristianos iniciar el trabajo comunitario (con medios de producción comunitarios) porque, como ya hemos dicho, el trabajo no lo realizaban los hombres libres sino los esclavos, marginados de la sociedad. El cristianismo no se propuso abolir la desigualdad entre el trabajo de los hombres, ni entre su propiedad. Por eso fracasaron sus esfuerzos por suprimir la distribución desigual de bienes de consumo. Las voces de los Padres de la Iglesia que proclamaban el comunismo encontraban cada vez menos eco. Rápidamente esas voces se volvieron más espaciadas, hasta desaparecer completamente. Los Padres de la Iglesia dejaron de predicar la comunidad y división de los bienes, porque el crecimiento de la comunidad cristiana provocó cambios fundamentales en la propia Iglesia.

IV

Al principio, cuando la comunidad cristiana era pequeña, no existía un clero en el sentido estricto del término. Los fieles,

reunidos en una comunidad religiosa independiente, se unían en cada ciudad. Elegían un responsable de dirigir el culto de Dios y realizar los ritos religiosos. Cualquier cristiano podía ser obispo o prelado. Era una función electiva, susceptible de ser revocada, *ad honorem* y sin más poder que el que la comunidad estaba dispuesta a otorgarle libremente. A medida que se incrementaba el número de fieles y las comunidades se volvían más numerosas y ricas, administrar los negocios de la comunidad y ejercer un puesto oficial se volvió una ocupación que requería mucho tiempo y dedicación. Puesto que los funcionarios no podían realizar estas tareas y dedicarse al mismo tiempo a sus ocupaciones, surgió la costumbre de elegir entre los miembros de la comunidad un eclesiástico que se dedicaba exclusivamente a dichas funciones. Por tanto, estos empleados de la comunidad debían recibir una compensación por su dedicación exclusiva a los negocios de ésta. Así se formó en el seno de la Iglesia una nueva casta de empleados, separada del común de los fieles: el clero. Paralelamente a la desigualdad entre ricos y pobres, surgió la desigualdad entre clero y pueblo. Los eclesiásticos, elegidos al comienzo entre sus iguales para cumplir una función temporaria, se elevaron rápidamente a la categoría de una casta que dominaba al pueblo.

Cuanto más numerosas se volvían las comunidades cristianas en el inmenso Imperio Romano, más sintieron los cristianos, perseguidos por el gobierno, la necesidad de unirse para cobrar fuerzas. Las comunidades, dispersas por todo el territorio del Imperio, se organizaron en una Iglesia única. Esta' unificación ya era una unificación del clero y no del pueblo. Desde el siglo IV los eclesiásticos de las diversas comunidades se reunían en concilios. El primer concilio se reunió en Nicea en el 325. Así se formó el clero, sector aparte y separado del pueblo. Los

obispos de las comunidades más fuertes y ricas pasaron a dominar los concilios.

Es por eso que el obispo de Roma se colocó rápidamente a la cabeza del conjunto de la cristiandad y se convirtió en Papa. Así surgió un abismo entre el pueblo y el clero dividido jerárquicamente.

Al mismo tiempo, las relaciones económicas entre el pueblo y el clero sufrieron cambios profundos. Antes de la creación de esta orden, todo lo que los miembros ricos de la Iglesia aportaban al fondo común era propiedad de los pobres. Después, gran parte de los fondos empezaron a ser utilizados para pagarle al clero que administraba la Iglesia. Cuando, en el siglo IV, el gobierno comenzó a proteger a los cristianos y a reconocer que su religión era la dominante, cesaron las persecuciones, los ritos ya no se celebraron en catacumbas ni en casas modestas sino en iglesias cuya magnificencia era cada vez mayor. Estos gastos redujeron aun más las sumas destinadas a los pobres. Ya en el siglo V los haberes de la Iglesia se dividían en cuatro partes: una para el obispo, la segunda para el clero inferior, la tercera para la manutención de la Iglesia y la cuarta para su distribución entre los pobres. La población cristiana pobre recibía, por tanto, una suma igual a la que el obispo tenía sólo para él.

Con el pasar del tiempo se perdió la costumbre de asignar a los pobres una suma determinada de antemano. Por otra parte, a medida que aumentaba la importancia del clero superior, los fieles perdían el control sobre las propiedades de la Iglesia. Los obispos dispensaban limosna a los pobres a voluntad. El pueblo recibía limosna de su propio clero. Y eso no es todo. En los comienzos de la cristiandad los fieles hacían ofrendas según su buena voluntad. A medida que la religión cristiana se convertía en religión de Estado, el clero exigía que tanto los pobres como

los ricos hicieran aportes. Desde el siglo VI el clero impuso un impuesto especial, el diezmo (la décima parte de la cosecha) a pagar a la Iglesia. Este impuesto cayó como una carga pesadísima sobre las espaldas del pueblo; en la Edad Media se convirtió en un verdadero infierno para los campesinos oprimidos por la servidumbre. Este diezmo se imponía a cada pedazo de tierra, a cada propiedad. Pero era el siervo quien lo pagaba con su trabajo. Así, los pobres no sólo perdieron el socorro y la ayuda de la Iglesia, sino que vieron cómo los curas se aliaban a los demás explotadores: los príncipes, nobles y prestamistas. En la Edad Media, mientras la servidumbre reducía al pueblo trabajador a la pobreza, la Iglesia se enriquecía cada vez más. Además del diezmo y otros impuestos, la Iglesia se benefició en este período con grandes donaciones, legados de libertinos ricos de ambos sexos, quienes a último momento querían pagar por su vida pecaminosa. Entregaban a la Iglesia dinero, casas, aldeas enteras con sus siervos y a menudo la renta de las tierras y los impuestos en trabajo (corvea).

De esta manera la Iglesia adquirió riquezas enormes. Al mismo tiempo, el clero dejó de ser el “administrador” de la riqueza que la Iglesia le había confiado. Declaró abiertamente en el siglo XII, en una ley que, dijo, provenía de las Sagradas Escrituras, que la riqueza de la Iglesia no pertenece a los pobres sino al clero y, sobre todo, a su jefe, el Papa. Por tanto, los puestos eclesiásticos eran la mejor posibilidad de gozar de una buena renta. Cada eclesiástico disponía de la propiedad de la Iglesia como si fuera propia y la legaba a sus propios parientes, hijos y nietos. Así se consumó el pillaje de los bienes de la Iglesia, que quedaron en manos de los familiares de los clérigos. Por esa razón, los papas se proclamaron soberanos de la fortuna de la Iglesia y ordenaron el celibato sacerdotal, para impedir la dispersión de su patrimonio. El celibato se decretó en el siglo XI,

pero se lo puso en práctica recién en el siglo XIII, debido a la oposición del clero. Para impedir aun más la dispersión de la riqueza de la Iglesia, en 1297 el Papa Bonifacio VIII prohibió a los eclesiásticos entregar sus rentas a legos sin permiso papal. Así la Iglesia llegó a acumular riquezas inmensas, sobre todo en tierras fértiles, y el clero de los países cristianos se convirtió en el más rico de los propietarios terratenientes. ¡En algunos casos poseía un tercio o más de todas las tierras del país!

Los campesinos no sólo pagaban impuestos en trabajo (corvea), sino también el diezmo, en tierras de príncipes y nobles y en las tierras inmensas pertenecientes a obispos, arzobispos, párrocos y conventos. Entre los señores feudales más poderosos, la Iglesia apareció como el más grande explotador. Por ejemplo, en Francia, a fines del siglo XVIII, antes de la Gran Revolución, el clero era dueño de la quinta parte de las tierras de ese país, con una renta anual de aproximadamente cien millones de francos. Los diezmos sumaban veintitrés millones. Con esta suma engordaban a 2.800 prelados y obispos, 5.600 superiores y priores, 60.000 párrocos y curas, y a los 24.000 monjes y 36.000 monjas que pueblan los conventos. Este ejército de curas estaba exento del pago de impuestos y del servicio militar. En momentos de “calamidades” –guerra, mala cosecha, epidemia– la Iglesia pagaba al fisco un impuesto “voluntario” que jamás excedía los 16.000 francos.

El clero privilegiado formaba con la nobleza una clase dominante que vivía de la sangre y el sudor de los siervos. La jerarquía eclesiástica, los puestos mejor pagos, sólo eran accesibles a los nobles y quedaban en manos de la nobleza. A consecuencia de ello, en la época de la servidumbre el clero fue el aliado fiel de la nobleza, la apoyaba y la ayudaba a oprimir al pueblo, al cual no le brindaba sino sermones donde lo exhortaba a ser humilde y resignarse a su suerte. Cuando el proletariado rural y

urbano se alzaba contra la opresión y la servidumbre, encontraba en el clero un enemigo feroz. Es cierto que en el seno de la Iglesia misma existían dos clases: el clero superior, que absorbía toda la riqueza, y la gran masa de curas rurales cuyos modestos ingresos no sumaban más de doscientos a quinientos francos al año. Esta clase sin privilegios se alzaba contra el clero superior, y en 1789, durante la Gran Revolución, se unió al pueblo para luchar contra el poder de la nobleza secular y eclesiástica.

V

Así se fueron modificando las relaciones entre la Iglesia y el pueblo en el curso de los siglos. La cristiandad se inició como mensaje de consuelo para los desheredados y oprimidos. Creó una doctrina para combatir la desigualdad social y el antagonismo entre ricos y pobres; enseñó la comunidad de la riqueza. Rápidamente este templo de igualdad y fraternidad se convirtió en fuente de nuevos antagonismos sociales. Al abandonar la lucha contra la propiedad privada que habían librado los primeros apóstoles, el clero se dedicó a amasar fortunas; se alió a las clases poseedoras que vivían de la explotación de las masas trabajadoras. En épocas feudales la Iglesia era miembro de la clase dominante, la nobleza, y defendía con pasión el poder de ésta contra la revolución. A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX los pueblos de Europa central liquidaron la servidumbre y los privilegios de la nobleza. En ese momento la Iglesia se volvió a aliar con las clases dominantes: la burguesía industrial y comercial. Hoy la situación es distinta y el clero ya no posee grandes extensiones de tierras, pero tiene capitales a los que trata de hacer productivos mediante la explotación del

pueblo en el comercio y la industria, como hacen los capitalistas.

La Iglesia Católica de Austria poseía, según sus propias cifras, un capital de más de 813 millones de coronas, de las cuales 300 millones consistían en tierras para el cultivo, 387 millones en bonos y había prestado con intereses 70 millones a industriales y comerciantes. De esa manera la Iglesia se ha adaptado a los tiempos modernos, transformándose de señor feudal en capitalista de la industria y el comercio. Al igual que antes, colabora con la clase que enriquece a costas del proletariado rural e industrial.

Este cambio es más notable aun en la organización de los conventos. En algunos países como Alemania y Rusia los claustros católicos fueron cerrados hace mucho tiempo. Pero en los países donde todavía existen, como en Francia, Italia y España, todo corrobora el papel importantísimo que desempeña la Iglesia en el régimen capitalista.

En la Edad Media los conventos eran refugios del pueblo. Este se refugiaba allí de la crueldad de señores y príncipes; allí encontraba alimentos y protección en casos de extrema pobreza. Los claustros no negaban pan y alimentos a los hambrientos. No debemos olvidar que la Edad Media no conocía el comercio que es corriente en nuestros días. Cada granja, cada convento producía en abundancia lo que necesitaba, gracias al trabajo de siervos y artesanos. Sucedió a menudo que las reservas no encontraban salida. Cuando había excedente de maíz, vegetales, leña, éste carecía de valor. No había comprador y no todos los productos podían conservarse. En estos casos los conventos proveían generosamente a las necesidades de los pobres, dándoles en el mejor de los casos una pequeña porción de lo que les habían sacado a sus siervos. (Esta era la costumbre de la

época y casi todas las granjas pertenecientes a la nobleza hacían lo mismo.) Para los conventos, esta benevolencia era una fuente de ganancias; con su reputación de abrir sus puertas a los pobres, recibían grandes regalos y herencias de los ricos y poderosos.

Con el surgimiento del capitalismo y la producción para el cambio cada objeto adquirió un precio y se volvió intercambiable. En este momento acabaron las buenas acciones de los conventos, las casas de los señores y la Iglesia. El pueblo perdió su último refugio. Esta es, entre otras, la razón por la cual, en los inicios del capitalismo, en el siglo XVIII, cuando los obreros aún no se hallaban organizados para defender sus intereses, apareció una pobreza tan impresionante que parecía que la humanidad había regresado a la decadencia del Imperio Romano. Pero mientras que la Iglesia Católica de los viejos tiempos trató de ayudar al proletariado romano predicando el comunismo, la igualdad y la fraternidad, en la etapa capitalista actuó de manera completamente distinta. Trató sobre todo de sacar ganancias de la pobreza del pueblo, de la mano de obra barata. Los conventos se convirtieron en infiernos de explotación capitalista, peores aún porque hacían trabajar a mujeres y niños. El juicio contra el Convento del Buen Pastor en 1903 en Francia fue un ejemplo notable de estos abusos. Había niñas de doce, diez y nueve años, obligadas a trabajar en condiciones abominables, arruinando su vista y su salud, mal alimentadas y sometidas a un régimen carcelario.

En la actualidad casi todos los conventos franceses están cerrados y la Iglesia ya no tiene posibilidad de explotar directamente. Asimismo, el diezmo, azote de los campesinos, fue abolido hace mucho. Ello no le impide al clero exprimirle dinero a la clase obrera mediante otros métodos, sobre todo misas, casamientos, entierros y bautismos. Y los gobiernos que apoyan al

clero obligan al pueblo a pagarle tributo. Además, en todos los países, salvo Estados Unidos y Suiza, donde la religión es un asunto personal, la Iglesia le saca al Estado sumas enormes que provienen, obviamente, del trabajo del pueblo. Por ejemplo, en Francia los gastos del clero suman 40 millones de francos anuales.

En síntesis, el trabajo de millones de explotados garantiza la existencia de la Iglesia, el gobierno y la clase capitalista. Las estadísticas de los ingresos de la Iglesia, antes refugio de los pobres, en Austria, dan una idea de su riqueza. Hace cinco años (o sea, en 1900), sus ingresos anuales sumaban 60 millones de coronas, y sus gastos no excedían los 35 millones. Así, en un año “ahorraba” 25 millones a costillas del sudor y la sangre de los trabajadores. He aquí algunos detalles sobre esa suma:

El Arzobispado de Viena, con un ingreso anual de 300.000 coronas y gastos no mayores de la mitad de esa suma, “ahorró” 150.000. El capital fijo de ese arzobispado suma alrededor de 7 millones de coronas. El Arzobispado de Praga posee un ingreso de más de medio millón y gastos de alrededor de 300.000; su capital es de casi 11 millones. El Arzobispado de Olomouc (Olmutz) tiene ingresos de más de medio millón y gastos por alrededor de 400.000. Su fortuna asciende a 14 millones. El clero inferior, que tanto se lamenta de su pobreza, explota a la población en igual medida. Los ingresos anuales de los párrocos austríacos suman más de 35 millones, los gastos sólo 21 millones y como resultado los “ahorros” de los curas párrocos suman 14 millones anuales. Las propiedades parroquiales ascienden a más de 450 millones. Por último, los conventos hace cinco años poseían, deducidos los gastos, una “entrada neta” de cinco millones anuales. Estas riquezas se acrecentaban con los años, mientras que la pobreza de los trabajadores explotados por el capitalismo y el Estado se acrecentaba todos los años. En

nuestro país y en todos los demás la situación es idéntica a la de Austria.

VI

Después de haber pasado revista a la historia de la Iglesia, no nos puede sorprender que el clero apoye al zar y a los capitalistas contra los obreros revolucionarios que luchan por un futuro mejor. Los obreros conscientes, organizados en el Partido Socialdemócrata, luchan por convertir la idea de la igualdad social y la fraternidad entre los hombres en una realidad, lo que alguna vez fue la causa de la Iglesia cristiana.

Pero la igualdad es irrealizable en una sociedad basada en la esclavitud o la servidumbre, ni puede realizarse en nuestra época de capitalismo industrial. Lo que los apóstoles cristianos no lograron con encendidos discursos contra el egoísmo de los ricos, lo pueden lograr los proletarios modernos, los obreros conscientes de su situación como clase, en un futuro cercano, conquistando el poder político en todos los países, arrancando las fábricas, las tierras y todos los medios de producción de manos de los capitalistas para convertirlos en propiedad comunitaria de los trabajadores. El comunismo por el que luchan los socialdemócratas no consiste en dividir entre los mendigos, los ricos y los ociosos la riqueza producida por esclavos y siervos, sino el trabajo comunitario honesto y el goce de los frutos comunes de dicho trabajo. El socialismo no es la generosidad de los ricos con los pobres sino la abolición total de las diferencias entre ricos y pobres, obligando a todos a trabajar según su capacidad mediante la abolición de la explotación del hombre por el hombre.

Para implantar el orden socialista, los obreros se organizan en el partido obrero, el Partido Socialdemócrata, que persigue este fin. Y es por ello que la socialdemocracia y el movimiento obrero suscitan el odio feroz de las clases poseedoras que viven a costillas de los trabajadores.

Las riquezas inmensas amasadas por la Iglesia sin esfuerzo de su parte provienen de la explotación y pobreza del pueblo trabajador. La riqueza de arzobispos y obispos, conventos y parroquias, la riqueza de los dueños de las fábricas y de los conventos y parroquias, la riqueza de los dueños de las fábricas y de los comerciantes y terratenientes, se consigue al precio de los esfuerzos inhumanos de los obreros urbanos y rurales. ¿Cuál puede ser el origen de los presentes y legados que los señores ricos dejan a la Iglesia? No es, obviamente, el trabajo de sus manos y el sudor de sus frentes, sino la explotación de los obreros que trabajan para ellos; siervos ayer, obreros asalariados hoy. Además, la subvención que el Estado le otorga al clero proviene en su mayor parte de los impuestos que pagan las masas populares. El clero, al igual que la clase capitalista, vive a costillas del pueblo, saca ganancias de la degradación, ignorancia y opresión del pueblo. El clero y los parásitos capitalistas odian a la clase obrera organizada, consciente de sus derechos, que lucha por la conquista de sus libertades. La abolición del desgobierno capitalista y la instauración de la igualdad entre los hombres serían un golpe mortal para el clero, que subsiste debido a la explotación y la pobreza. Pero, sobre todas las cosas, el socialismo quiere garantizarle a la humanidad la felicidad real y honesta acá abajo, educar lo más posible al pueblo y asegurarle el primer puesto en la sociedad. Los sirvientes de la Iglesia temen esta felicidad como a la misma plaga.

Los capitalistas moldearon a martillazos los cuerpos de los trabajadores, forjaron sus cadenas de pobreza y esclavitud. Junto con ello, el clero, para ayudar a los capitalistas y servir a sus propios intereses, encadena la mente del pueblo a la más crasa ignorancia, porque bien sabe que la educación significa el fin de su poder. Pues bien, el clero falsifica las primeras enseñanzas del cristianismo, cuyo objeto era brindar la felicidad terrena a los humildes, trata hoy de convencer a los trabajadores de que el sufrimiento y la degradación que soportan no son producto de una estructura social defectuosa, sino del cielo, de la voluntad de la “providencia”. Así, la Iglesia mata la esperanza del obrero, su fuerza, su deseo de un futuro mejor, su fe y su amor propio. Los curas de hoy, con sus enseñanzas falsas y venenosas, perpetúan la ignorancia y degradación del pueblo. He aquí algunas pruebas irrefutables.

En países donde el clero católico ejerce gran poder sobre las mentes de las masas, por ejemplo en España e Italia, el pueblo está sumido en la más profunda ignorancia. Florecen allí la bebida y el crimen. Por ejemplo, comparemos las provincias alemanas Bavaria y Sajonia. Bavaria es una provincia agrícola cuya población sufre la influencia preponderante del clero católico. Sajonia es una provincia industrializada donde los socialdemócratas desempeñan un gran papel en la vida de los trabajadores, ganan las elecciones parlamentarias en la mayoría de los distritos, una de las razones por las que la burguesía odia esta provincia socialdemócrata “roja”.

¿Y con qué nos encontramos? Las estadísticas oficiales demuestran que la cantidad de crímenes cometidos en la Bavaria ultracatólica es relativamente mucho más elevada que en la “Sajonia roja”. En 1898, de cada 100.000 habitantes, observamos:

	En Bavaria	En Sajonia
Robo a mano armada:	204	185
Asalto calificado:	296	72
Perjurio:	4	1

La situación es casi idéntica cuando comparamos Possen, dominada por los curas, con Berlín, donde la influencia de los socialdemócratas es mayor. En Possen, en el curso de un año, vemos 232 casos de asalto calificado por cada 100.000 habitantes, en Berlín, sólo 172.

En la Ciudad Papal de Roma, en un solo mes de 1869 (penúltimo año del poder temporal del Papa), se dictaron las siguientes condenas: 279 por homicidio, 728 por asalto calificado, 297 por robo y 21 por incendio. Estos son los resultados del dominio del clero sobre el pueblo.

Esto no significa que el clero incite al pueblo al crimen. Todo lo contrario: en sus sermones los curas denuncian el hurto, el robo, la embriaguez. Pero los hombres no hurtan, roban o se emborrachan porque les guste. Lo hacen por su pobreza o ignorancia. Por lo tanto, el que perpetúa la ignorancia y pobreza del pueblo, el que aplasta su energía y voluntad para salir de esa situación, el que pone obstáculos en el camino de quienes quieren educar al proletariado, es tan responsable de los crímenes como si fuese su cómplice.

La situación era parecida: hasta hace poco en las zonas mineras de la Bélgica católica. Los socialdemócratas fueron allá. Por

todo el país resonó su vigoroso llamado a los obreros, infelices y degradados: “¡Obrero, levántate! ¡No robes, no bebas, no desesperes, no agaches la cabeza! ¡Únete a tus hermanos de clase en la organización, lucha contra los explotadores que te maltratan! ¡Saldrás de la pobreza, serás un hombre!” Así, en todas partes los socialdemócratas levantan al pueblo y fortalecen a quienes han perdido las esperanzas, unen a los débiles en una poderosa organización. Abren los ojos de los ignorantes y les enseñan el camino de la igualdad, la libertad y el amor al semejante.

En cambio, los, servidores de la Iglesia sólo llevan al pueblo palabras de humillación y desaliento. Y si Cristo reapareciera hoy sobre la tierra seguramente atacaría a los curas, obispos y arzobispos que defienden a los ricos y explotan a los desgraciados, así como antes atacó a los mercaderes, a quienes echó del templo para que su innoble presencia no manchara la Casa del Señor.

Por eso se libra una batalla sin cuartel entre el clero, sostén de la opresión, y los socialdemócratas, voceros de la liberación. No se puede considerar este combate como si lo libranan la noche oscura y el sol naciente. Porque al no poder combatir el socialismo con la inteligencia y la verdad, los curas tienen que recurrir a la violencia y la maldad. Estos judas calumnian a quienes despiertan la conciencia de clase. Con mentiras y calumnias tratan de manchar la memoria de quienes dieron sus vidas por la causa obrera. Estos sirvientes y adoradores del becerro de oro apoyan y aplauden los crímenes del gobierno zarista y defienden el trono de este déspota que oprime al pueblo como otro Nerón.

Pero os agitáis en vano, siervos degenerados de Cristo que os habéis convertido en siervos de Nerón. En vano ayudáis a

quienes nos asesinan, en vano protegéis a los explotadores del proletariado bajo el signo de la cruz. Vuestras crueldades y calumnias no pudieron impedir en el pasado el triunfo de la idea cristiana, idea que hoy habéis sacrificado al becerro de oro: hoy vuestros esfuerzos no obstaculizarán la marcha del socialismo. Hoy sois vosotros, vuestras mentiras y, enseñanzas, los paganos, y nosotros quienes predicamos entre los pobres y explotados la, fraternidad y la igualdad. Somos nosotros quienes marchamos a la conquista del mundo, como antes aquel que dijo que es más fácil que un camello atravesase el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos.

VII

Dos palabras para terminar. El clero posee dos armas para combatir a la socialdemocracia. En los lugares en que el movimiento obrero empieza a cobrar fuerzas, como es el caso de nuestro país, donde las clases poseedoras tienen la esperanza de aplastarlo, el clero combate a los socialistas con sermones, calumniándolos y denunciando la “codicia” de los trabajadores.

Pero en los países donde hay libertades democráticas y el partido obrero es fuerte, como en Alemania, Francia, Holanda, el clero busca otros métodos. Oculta sus verdaderos propósitos y no enfrenta a los obreros como enemigo sino como amigo falso. Así se puede ver a los curas organizando a los obreros en sindicatos “cristianos”. Así tratan de atrapar a los peces en la red, atraer a los obreros a la trampa de esos sindicatos falsos, donde se enseña humildad, a diferencia de las organizaciones

socialdemócratas, cuyo objetivo es que los obreros luchen y se defiendan.

Cuando el gobierno zarista caiga bajo los golpes del proletariado revolucionario de Polonia y Rusia, cuando la libertad política exista en nuestro país, veremos al mismísimo arzobispo Popiel y a los curas que echan denuestos contra los activistas empezar repentinamente a organizar a los obreros en asociaciones “cristianas” y “nacionales” para engañados. Ya vemos los comienzos de la actividad solapada de la “democracia nacional”, que asegura a los curas su colaboración futura y los ayuda hoy a calumniar a los socialdemócratas.

Por eso los obreros deben estar advertidos del peligro para no permitir que los engañen, en la mañana de la victoria de la revolución, con palabras melosas, los que hoy desde el púlpito osan defender al gobierno zarista, que mata obreros, y al aparato represivo del capital, causa principal de la pobreza del proletariado.

Para defenderse en la actualidad del antagonismo del clero durante la revolución y contra su falsa amistad de mañana, después de la revolución, es necesario que los obreros se organicen en el Partido Social Demócrata.

Y ésta es la respuesta a los ataques del clero: la socialdemocracia de ninguna manera combate a los credos religiosos. Por el contrario, exige total libertad de conciencia para todo individuo, y la mayor tolerancia para cada fe y opinión. Pero, desde el momento en que los curas utilizan el púlpito como medio de lucha política contra la clase obrera, los obreros deben combatir a los enemigos de su derecho y su liberación. Porque el que defiende a los explotadores y el que ayuda a perpetuar este régimen de miseria es el enemigo mortal del proletariado, ya vista sotana o uniforme de la policía. ■

Puede leer otros textos
sobre el mismo autor
en
Biblioteca Virtual
OMEGALFA
www.omegalfa.es